

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, encuentro todavía en la vida de una gran santa la prueba de que María es la *Puerta del cielo*, de que ella es quien en el cielo nos introduce. Escuchad. Santa Liduina, desde su más tierna edad, había tenido una tierna devoción por la Santísima Virgen. Por su parte, María había prodigado á aquella alma predestinada las más inefables ternezas; durante un éxtasis, la había coronado con un misterioso velo... A sus ruegos, se había dignado convertir á una pecadora endurecida. Varias veces se había comunicado con ella. Nunca acabaría, si quisiese explicaros todos los favores que la augusta Reina del cielo había dispensado á aquella santa niña, que pasó su vida casi entera entre los más atroces padecimientos. Llegó para Liduina el momento de la recompensa; la hora tan temida de la muerte sonrió á aquella virgen, como sonríe á una jóven desposada la hora de los esponsales. — ¡Jesús, exclamaba ella, sacadme de mi destierro, y llevadme á la patria celestial!. — Ven, amada mia, contestó aquel buen Maestro, ven á aquel lugar de delicias, donde te aguardan tus hermanas. » Entonces el alma de la santa, dejando su cuerpo, se echa en los brazos de Jesús, que la recibe con amor. Pero ¿qué hizo el Salvador?... Fué á ponerla enseguida en los brazos de su Madre que estaba allí presente, y encargó á la augusta Reina del cielo que la introdujese ella misma, como para atestiguar mejor que era ella la puerta de aquella bienaventurada patria (1).

¡Oh *Puerta del cielo*! vuestro Hijo ha dicho: « Llamad y se os abrirá. » Miradnos á vuestros piés, os suplicamos, os invocamos; dignaos abrir para nosotros... Merezcamos por vuestra intercesión entrar un día en aquella mansión de paz y felicidad, cuya entrada sois vos. ¡ *Puerta del cielo, rogad por nosotros! janua celi, ora pro nobis...* Así sea...

(1) *Vita de los Santos*, 14 Abril. Véase también Joannes Bruchman, *Vita hujus Sanctæ*.

INSTRUCCION VIGÉSIMOTERCERA.

VIERNES, 22 DE MAYO.

María precede á la venida de Jesús; se queda después de su partida.

TEXTO. *Stella matutina, ora pro nobis*. Estrella de la mañana, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, un célebre orador hacía en cierta ocasión el elogio de un rey de Macedonia llamado Filipo, que fué el padre de Alejandro Magno... Después de haber largamente ensalzado la nobleza de su nacimiento, la abundancia de sus riquezas, la extensión de su poder; después de haber enaltecido su valor, y enumerado las victorias que había alcanzado, añadía « Nada he dicho hasta aquí, basta para su gloria el haber sido el padre de Alejandro (1)... » Hermanos míos muy amados, cuando hablamos de la Santísima Virgen, cuando referimos sus virtudes, cuando, con la Iglesia, la comparamos con todo lo que hay más noble y más grande, nada hemos dicho... Basta para vuestra gloria, ¡oh Santísima Virgen María! el que hayais sido la madre de Jesús... En todos los elogios que hacemos de esta bendita criatura, nos vemos siempre en el caso de volver á esto mismo; porque todo nos lleva ahí. Lo veremos de un modo especial, con el título de *Estrella de la mañana*, que vamos á probar de explicaros en esta breve instrucción.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. La estrella de la mañana está siempre inmediata al sol; tan pronto anuncia su salida, como permanece en el horizonte hasta que aquel ha desaparecido. Quisiera por lo tanto demostraros que, cual la estrella de la mañana, María, siempre inmediata á Jesús, que es el sol de justicia, *en primer lugar*, anunció su venida, y *en segundo lugar*, quedó también y queda todavía después de su partida...

(1) *Hoc unum tibi dixisse sufficiat, filium te habuisse Alexandrum; V. d'Argentan, Grandeurs de la Sainte Vierge. cap. X. § 2.*

Primera parte. Y ante todo, hermanos míos, ¿qué es la estrella de la mañana?... Es ese brillante astro que, en ciertas estaciones, se deja ver un poco antes de la salida del sol, y que, en otras épocas, nos alumbra por algún tiempo, después que el sol ha desaparecido. Es el planeta, ó para continuar sirviéndonos del lenguaje de la Iglesia, la estrella más brillante y la más inmediata al sol (1). Gira á su alrededor sin alejarse de él; en ciertos países á este astro se le llama la estrella de la noche, ó la estrella del pastor... Creo haberme hecho comprender bien...

Ahora bien, cuando esta estrella brilla por la mañana, como la aurora, anuncia que va á salir pronto el sol. Su luz disipa las tinieblas; va á venir el día; las fieras vuelven á sus guaridas; el hombre se levanta para entregarse á su trabajo; la naturaleza toda despierta del sueño en que parecía estar sumida.... En realidad, oh dulce María, verdadera *Estrella de la mañana*, éste es el efecto producido por vuestra aparición en el mundo... ; Huíd, demonios! apareció la que ha de aplastar la cabeza á Satanás, vuestro jefe!... Hombres sumidos hasta entonces en las tinieblas del error, levantáos, despertad vuestro valor; va á venir aquel sol de justicia que ha de iluminar vuestras almas! Patriarcas y Profetas... ; ah! de seguro qua un rayo de esa *Estrella de la mañana* penetró también hasta el limbo, y al verlo, vuestros corazones se estremecieron de esperanza... Y en realidad hermanos míos, si hemos de dar crédito á los mismos escritores paganos, desde la época del nacimiento de María, vacilaban los ídolos sobre sus pedestales: los oráculos de los falsos dioses callaban y se confesaban vencidos. Y hasta un poeta pagano decía: « Ved venir los tiempos en otro tiempo predichos; va á nacer un nuevo orden de cosas; aparece una virgen, un niño bendito va á descender del cielo (2). » Dulce *Estrella de la mañana*, al veros aparecer, se regocijó el cielo, y la tierra se estremeció de esperanza. En efecto, vos anunciabais el fin de aquella noche que pesaba sobre el universo, la próxima llegada de Aquel

(1) Sé perfectamente que el planeta Mercurio está más inmediato al sol; pero hablo con sencillos campesinos, no hago un curso de astronomía.

(2) Virgilio, *Egloga IV*.

que debía esparcir á borbotones sobre las almas la luz, cual la esparce el sol sobre la naturaleza entera... ; Sed pues saludada y bendecida para siempre, oh dulce Virgen María, oh brillante *Estrella de la mañana!*...
Stella matutina.

Segunda parte. Os he dicho, hermanos míos, que la estrella de la mañana era también el astro de la noche; que en ciertas estaciones se la distinguía después de la puesta del sol: alarga en cierto modo el día é impide que sean completas las tinieblas. Vosotros, viajeros retrasados, gracias á la luz de aquel astro, podeis regresar seguros á vuestras casas. No saldrán las fieras de sus guaridas hasta que esa brillante estrella haya desaparecido... ; Tengo necesidad de deciros, hermanos míos muy amados, que después de la partida de Jesús, María quedó también por algún tiempo en la tierra para consolar á los Apóstoles, para animarles á esperar la venida del Espíritu Santo en el recojimiento y en la oración, para esclarecerles en sus dudas, y para sostenerles en medio de las pruebas y de las persecuciones?... Satanás no se atrevió á salir de su guarida mientras ella vivió en este suelo; pues solo después de su muerte y de su gloriosa Asunción fué cuando nacieron las herejías.

Pero consideremos este mismo pensamiento bajo otro punto de vista. Ahí teneis un alma en estado de pecado mortal. Dios se ha separado de ella, la augusta Trinidad la ha, por decirlo así, abandonado. El Padre, cuyos mandamientos despreció, el Hijo, cuya misericordia desconoció, el Espíritu Santo, cuyas inspiraciones ha desdeñado, han dicho, como en otro tiempo los ángeles del templo de Jerusalén: « ; Salgamos de aquí, dejemos esta alma, el pecado reina en ella, es un santuario profanado!... » ; María, oh dulce Estrella, quedáos, os lo suplico! el sol ha desaparecido; haced que, gracias á vos, no se hagan demasiado densas las tinieblas que van á envolver esta pobre alma!... La Estrella bienhechora se queda, nos ilumina, no nos abandona... Oh bondadosa María, de modo que la quereis esta á pobre alma!... Sí, hermanos míos muy amados...

Escuchad esta historia referida por un santo (1)... Había un hombre que

(1) S. Leonardo de Port-Maurice, *sobre la Virgen Santísima*.

llevaba una vida criminal; pero tenía una mujer piadosa, que le había hecho prometer que rezaría un *Ave Maria* cada vez que pasase por delante de una imagen de la Santísima Virgen... Cierta día que, bostezando á más no poder, estaba cumpliendo con esta sencilla devoción, se le apareció el niño Jesús, todo cubierto de heridas y de sangre... « Virgen santa, dijo el hombre al verlo; ¿quién ha puesto á vuestro Hijo en este estado? — Has sido tú, le contestó la Virgen, entregándote á tus malas pasiones... » Conmovido por este prodigio, aquel hombre rogó á María que implorase su perdón; pero el sol estaba puesto, sólo brillaba la Estrella... ; Hermanos míos, era la Estrella de la misericordia!... Tres veces la Virgen Santísima imploró la clemencia de su Hijo en favor de aquel infortunado, tres veces obtuvo una negativa... « Madre querida, la decía Jesús, no os cause sorpresa: yo también rogué tres veces á mi Padre que alejase de mí el cáliz de la Pasión, pero no me atendió... » María no se desanimó. Postrándose á los piés de Jesús: « Quiero, le dijo, permanecer así hasta que me hayas concedido la gracia de este desgraciado pecador... » Dulce Hijo de María, para hacernos comprender la insistencia con que vuestra bondadosa Madre reclama nuestro perdón, fué por lo que no la atendisteis á la vez primera... Mas, cuando estuvo postrada á vuestros piés, ¿con qué amor la levantasteis, y la otorgasteis la gracia que os pedía!...

PERORACIÓN. ¿Con cuánta frecuencia, hermanos míos carísimos, se renueva esta historia!... No es necesario que aparezca siempre de un modo sensible; mas pongo por testigo el corazón de la misericordiosa Virgen María; sí, muchos pecadores han sido objeto por parte de ella de intercesiones parecidas... La gracia se ha retirado de nuestras almas cuando hemos tenido la desgracia de cometer un pecado; y la gracia, ya lo sabéis, es el sol del alma, es Jesús, es el Espíritu Santo que vive en nuestros corazones... Las tinieblas debían ser completas para nosotros, nuestra pérdida había de ser inevitable... ¿Quién pues nos conservó, como un resto de luz, la fe y la esperanza?... ¿Quién excitó en nosotros el recordimiento, y nos dió aquellas buenas inspiraciones que nos han podido llevar á Dios?... ¡Ah! no os quepa duda, es esta Estrella bienhechora que luce todavía encima de nosotros después de haber desaparecido el sol.

¡Oh Reina, oh Madre, oh Providencia bendita de las almas, sed para todos nosotros esta Estrella bienhechora! Si tenemos la desgracia de caer en pecado, de ver á Jesús marcharse de nuestras almas, sed para nosotros la *Estrella de la noche!* Y cuando la muerte venga á apoyar sobre nosotros su helada mano, vuestra dulce intercesión muestre á nuestras almas reconciliadas los esplendores del Sol eterno... ; Sed; oh! sed entonces para nosotros la Estrella de la mañana!... *Stella matutina, ora pro nobis...* Así sea...

INSTRUCCION VIGÉSIMOCUARTA.

SABADO. 23 DE MAYO.

María, salud de los enfermos para las enfermedades del cuerpo y para las del alma.

Texto. *Salus infirmorum, ora pro nobis.* Salud de los enfermos, socorro de los débiles, rogado por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, no cabe duda de que la Santísima Virgen María es la imagen de su divino Hijo Nuestro Señor Jesucristo... Su poder reproduce el de nuestro Salvador; su corazón, con su bondad y su ternura, es realmente la copia fiel del corazón de Jesús... Leemos en el Evangelio que los enfermos eran llevados en tropel á nuestro divino Redentor... Ya era un pobre ciego, que exclamaba: « ¡Jesús, Hijo de David, haz que vea! » y recobraba la vista. Ya era un poseído á quien atormentaban los demonios. « Jesús, decíanle sus parientes, libradle!... », y él le libraba. Más allá un señor le ruega por su siervo que va á morir devorado por la fiebre, y el siervo cura... En fin, hermanos míos, jamás acabaría si quisiera referiros todas las curaciones maravillosas obradas por nuestro adorable Salvador en el curso de su vida mortal... ¡Ah! con verdad podía decir á los enviados de san Juan Bautista: « Il á decir á vuestro maestro lo de que habeis sido testigos; los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los enfermos son curados... » Yo qui-

siera, esta noche, demostraros que este mismo poder de curar á los enfermos le fué comunicado á la Santísima Virgen, á Aquella á quien saludamos con el título de : *Salud de los enfermos, Salus infirmorum*.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Sin embargo, hermanos míos, hay enfermedades del cuerpo y enfermedades del alma ; después de haber presentado á la Santísima Virgen curando las primeras, diremos algo para demostrar que es igualmente nuestra *salud* en las enfermedades del alma.

Primera parte. María, *Salud de los enfermos*. Entre los bienes del orden natural, la salud es sin disputa uno de los más preciosos. Pero ya sabéis, cristianos, cuantos males, cuantas enfermedades caen sobre el pobre cuerpo humano, minan insensiblemente, ó destruyen de un modo repentino esa salud que constituía su fuerza y su belleza... Pues bien, hermanos míos, al saludar á María con el título de *Salud de los enfermos*, la Iglesia nos invita á recurrir á la Santísima Virgen en nuestras enfermedades y en nuestros males... Si nuestra fé es viva, y Dios juzga bueno para nuestra santificación el devolvernos la salud, tenedlo por seguro, María nos la alcanzará...

Carísimos hermanos, cuando se visitan los más venerados santuarios dedicados á la Virgen, uno se siente poseído de admiración á la vista de aquellos *ex-votos*, de aquellos corazones de oro, de aquellas planchas de mármol, depositados cerca de María, cual otros tantos recuerdos permanentes de gracias alcanzadas por su intercesión... Trátase con frecuencia de favores espirituales ; pero la mayor parte de las veces es cuestión de males curados, de la salud devuelta... Muchas son las veces que leéis estas palabras ú otras parecidas : « Rogué á María, y ella curó á mi hija... » — « La Virgen Santísima me ha devuelto mi padre que estaba ya á las puertas de la muerte... » — « Loor á María! yo estaba enfermo desde hace muchos años, estaba abandonado de los médicos, y la Virgen Santísima me ha devuelto la salud... » Y nosotros, hermanos míos, ¿ no tenemos para referiros algunas de esas curaciones milagrosas, tan frecuentes, realizadas por la Santísima Virgen, ya en Lourdes, ya en la Salette, ya en otros santuarios?...

Ahora bien, cristianos, en todo tiempo ha merecido la Santísima Virgen este título de *Salud de los enfermos*. Estos milagros abundan

en la vida de los santos. Ved ahí á un esforzado príncipe de Bohemia, acompañado de su noble esposa ; ¿ á donde van?... Se encaminan á una capilla de la Virgen, llevando en sus brazos un niño moribundo... Le depositan sobre el altar, y luego, dirigiéndose á la Madre de Jesús, exclaman : « ¡ Virgen santa, atended la plegaria de un padre y una madre desolados : nuestro pobre hijo va á morir, vos sola le podeis volver á la vida y re-tornarle la salud. Si nos lo conservais, os prometemos consagrarlo á Dios ; queremos que sea ministro del Señor, que propague á lo lejos el Evangelio de vuestro Hijo y la gloria de vuestro nombre... » ; Oh María! vos oísteis favorablemente la súplica de aquellos piadosos padres. ¡ El niño, casi muerto, recobró de repente la más floreciente salud!... Creció y más tarde llegó á ser un ilustre obispo y padeció el martirio, dando por Jesucristo aquella vida que la Santísima Virgen le había conservado. Es san Alberto, obispo de Praga (1).

Segunda parte. Pero sobre todo cuando se trata del alma, hermanos míos, es cuando la Santísima Virgen es la *Salud de los enfermos*. Hablaremos de ello más extensamente mañana, al explicar el título de *Refugio de los pecadores*... Una palabra no más, esta noche, sobre este interesante asunto... ¿ Tengo necesidad de recordaros que la gracia santificante es la vida de nuestra alma ; que cuando tenemos la desgracia de estar en pecado mortal, nuestra pobre alma, privada de la amistad de Dios, está muerta en presencia de él y en presencia de sus ángeles?... Todos los que me escuchais, hasta los niños, conoceis esta verdad... Pues bien, en estas circunstancias, la Virgen Santísima se presenta también como *Salud de los enfermos*, ayudando á nuestra alma á recobrar la vida de la gracia, la salud que había perdido...

Leemos en la vida de san Francisco de Girolamo un hecho que servirá de prueba para esta verdad... Un pobre pecador había estado veinte y cinco años sin acercarse al tribunal de la penitencia. Había caído en la desesperación. « Jamás encontraré, se decía, un confesor que quiera darme la absolución... » Y seguía hundiéndose en el desorden, mirando sus pecados como indignos de perdón. Una noche, se le

(1) *In vita ejus.*

apareció la Virgen Santísima, le excitó á que cambiase de vida, á que se reconciliase con su divino Hijo... Por segunda vez se le apareció; pero aquel desventurado, después de haber prometido hacer lo que se le pedía, resistíase á cumplir su promesa, alegando siempre este mismo pretexto: « ¡ Jamás encontraré un confesor que me quiera absolver!... »
 ! Oh Virgen María, cuán buena sois! ... Os dignasteis hablar por vez tercera á aquel pobre pecador: « Anda de prisa á confesarte, le digisteis, he alcanzado de mi Hijo el perdón de tus faltas.. » Vacilaba aún aquel desgraciado; la misma Virgen se dignó designarle por confesor á san Francisco de Girolamo (1). Este santo le acogió como debe acoger el buen pastor á la oveja extraviada... Le abrazó, le animó, y tan bien le dispuso que, siempre gracias á la protección de la Santísima Virgen, aquel pobre penitente llevó siempre más una vida ejemplar... ¡ *Salud de los enfermos*, oh dulce María, vos devolvisteis á aquel hombre la salud, la vida que su alma había perdido!...

PERORACIÓN. Carísimos hermanos, este título de *Salud de los enfermos* me recuerda aún otro hecho que quiero contaros al terminar... Una santa, beatificada hace unos cuarenta años (2), nos lo va á proporcionar; es la beata Mariana de Jesús. Muy jóven aún, como todas las almas predestinadas, tuvo la más tierna devoción por la Santísima Virgen. También la Madre de Jesús se complació en colmar de gracias y favores á aquella hija de bendición... Cierta día, Mariana se hizo una peligrosa herida en un dedo; pero, feliz con sufrir algo por Jesús, ocultó por algun tiempo su herida, y ofreció á su Maestro los dolores que padecía, uniéndolos á los que él había padecido en su Pasión: pero el mal hizo progresos, y se declaraba ya la gangrena... Se la quería obligar á acudir á un médico: « Aguardad un poco, dijo la jóven con admirable confianza, ya vereis como me curo. — » Pónese de rodillas delante de una imágen de la Virgen, suplicándola que la cure... ¡ Oh prodigio! al levantarse, el mal había desaparecido... ¡ Sí, divina Madre de Jesús, vuestro poder no tiene límites, sois la *Salud de los enfermos*, el socorro de los que padecen!... Os lo rogamos, dad sobre todo á nuestras almas la fuerza que necesitan; alejad de nosotros las

(1) V. la *Vida de este santo*, en Rivadeneira.

(2) En 1850.

pasiones que, como otros tantos males peligrosos, intentasen arrebatarse á nuestros corazones esta gracia de Dios, que hace su fuerza y su salud... María, sed para nosotros, os lo suplicamos, la *Salud de los enfermos* y el socorro de los que padecen... *Salus infirmorum, ora pro nobis*... Así sea.

INSTRUCCION VIGÉSIMOQUINTA.

DOMINGO, 24 DE MAYO (en la Misa.)

María, refugio de los pecadores; como deben recurrir los pecadores á este refugio que Dios les ha dado.

TEXTO. *Refugium peccatorum, ora pro nobis*. Refugio de los pecadores, rogad por nosotros.

EXORDIO. Hermanos míos, al empezar quisiera referiros una historia que nos mostrara que, aún en el tiempo mismo en que la Virgen Santísima vivía sobre la tierra, era ya el refugio de los pecadores.

Cuando san José y la Virgen Santísima, llevando en sus brazos al Niño Jesús, huían á toda prisa hácia Egipto para librarse del furor de Herodes, cayeron en poder de unos ladrones... Dos de estos bandidos les salieron al encuentro... El uno era un hombre endurecido en el crimen; el otro un jóven adolescente, hijo del jefe de aquella pandilla de ladrones, y que hacía entonces su aprendizaje en aquel triste oficio (1). Este último detiene á la Santísima Virgen... El Niño Jesús reposaba en su seno; él se lo arranca con violencia... Vos, oh María, palidecisteis como si la mano del verdugo hubiese arrancado vuestro corazón... Pero en breve, conmovido por el dolor de aquella Madre, por el aspecto venerable de San José, y sobre todo por la encantadora

(1) V. *Vie de la Sainte Vierge* por el abate Bégel, t. II, pág. 47. Esta tradición se apoya en la autoridad de varios santos Doctores citados por el autor.